

A fondo Tres libros y nueve exposiciones en distintas partes del mundo; para la gran bestia pop, este año tiene su "menesunda", el sello descolocado y popular de una artista que podría haber sido una rockstar

Marta Minujín

"Creo que soy Dalí en mujer. Tengo ese espíritu: él era increíblemente juguetón. No paraba"

Texto María Paula Zacharias | Foto Rodrigo Néspolo

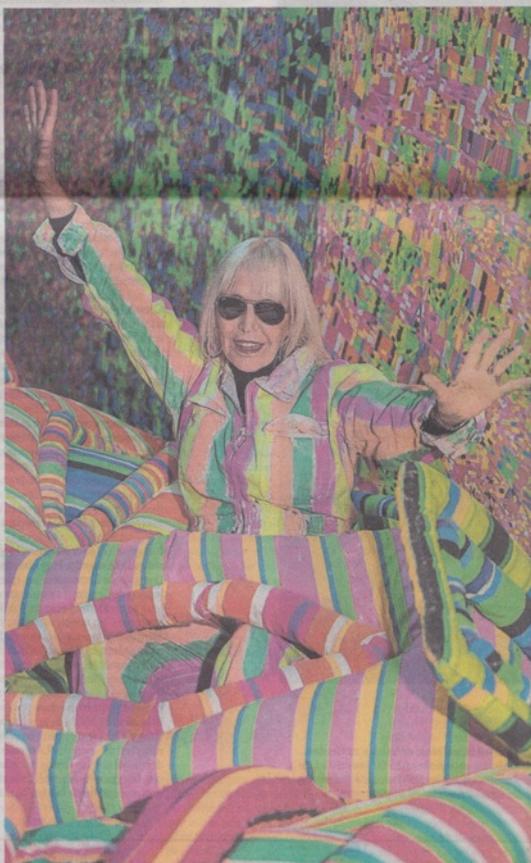
Vestida con su overol multicolor, Marta Minujín se mueve de acá para allá en su taller de San Cristóbal. Este es su año: presenta tres libros e inaugura nueve exposiciones en distintas partes del mundo. Pero lo que más la fascina es la acción multitudinaria que cerrará la Bienal de Performance, *Find Your Equal*, el 27 de junio: una aplicación para el celular hará que los participantes encuentren sus almas gemelas en la ciudad. Y celebrará ese hallazgo juntándolos a todos en el Puente de la Mujer y tirándose pétalos de flores desde un helicóptero. Tendrá un drone en el cielo para tomar la foto que invadirá (con permiso) las páginas web de quince de los más importantes museos del mundo. Nada es imposible para ella. "A mí siempre me gusta descolocar para crecer. Al descolocarse, la gente crece porque se tiene que ajustar a una nueva circunstancia", dice.

Actualmente, se revisa su obra en el Centro Walker de Minneapolis, donde integra una exposición con otros exponentes del pop mundial, *International Pop*, que luego se verá en Dallas y Filadelfia. A fin de este mes, presenta *Archivos y Colchones* en la galería Henrique Faria (HF) en Nueva York, y estará multiplicada en arteBA, con dos galerías (HF y RO) con sus esculturas y sus collages de tiritas de colores flojo de gran tamaño. Junio la encontrará en París, montando su *Chambre d'amour* en la muestra colectiva *My Buenos Aires* en la Maison Rouge.

De regreso Buenos Aires, inaugura la *Suite Minujín* en el Brick Hotel, una habitación temática donde siempre podrá pasar la noche. En septiembre, la obra *Simultaneidad* *En Simultaneidad* integrará la muestra North South By East West, en el MoMA. Para la misma fecha, en la Tate de Londres, *The World Goes Pop* incluirá un colchón de 1962 e imágenes de *La Menesunda*, una megainstalación performática que en octubre será recreada en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (Mamba). "Voy a estar dos meses trabajando en el Mamba. Pero en el medio viajo a Londres porque me invitaron de la Tate a dar una charla sobre performance con otras dos mujeres seleccionadas, una asiática y una africana", cuenta.

Con tanto viaje, tiene postergado para 2016 su libro autobiográfico, ya contratado por Random House. En arteBA se lanzará el grueso tomo *Marta Minujín. Happening & Performances*, auspiciado por el gobierno de la ciudad. Y pasado mañana en la galería Henrique Faria se presentan sus diarios de juventud, *Los años psicodélicos*, editado por Mansalva y comentado por Fernando García. "En el '69, yo venía muy hippie de Estados Unidos y me encontré con gente muy cuadrada. Nos juntábamos en una plaza con más hippies y rockeros como los de Miami. Spinetta y Tanguito, y escribíamos y dibujábamos en hojas con marcadores. Se las regalábamos a gente linda que pasara por ahí", cuenta.

—¿Arte, arte, arte?



—Yo siempre digo que hay que vivir en arte. A mí primero me pasó que era como un existencialista que se quería suicidar, y era todo negro y horrible. Cuando me hice pop empecé a gozar de vivir en arte. Es un espacio que yo me inventé, en el cual soy feliz. En cambio, en la vida cotidiana no soy tan feliz. No es una desesperación como Modigliani, Camille Claudel o Van Gogh. Esa desesperación ya la pasó, por el hecho de haber vivido en los 70, y haber sido contemporánea de los Beatles y los Rolling Stones, las minifaldas y los colores lindos. Ya soy happy y me tomo la vida como una cosa multicolor. Y quiero que todos hagan eso. No tengo miedo al ridículo o al papelón. Lo mío es el arte imposible: las Cataratas del Iguazú de Vodka, podría ha-

cer... cosas así invento siempre. —**Y este año estás en todo el mundo. ¿Te están redescubriendo?** —Viajo una vez por mes, porque ahora reconocieron lo que hice antes como algo único y genial. No sólo en el pop sino con la tecnología: la cabina telefónica electrónica (*Minuphone*, de 1967), *Simultaneidad* en simultaneidad (1966), *Importación Exportación* (1968)... Ahora posiblemente me inviten a Documenta, Kassel, por los mitos caídos: *El Obelisco acostado* (1978), *El Obelisco de San Dulce* (1979), *La Torre Eiffel de pan baquette* (1982), *El Partidito de los Libros* (1983)... Por algo varios museos compraron obras: la Tate, el MoMA, el Pompidou. Yo soy pichona desde siempre. Viajo mucho, pero me gusta vivir en hoteles. El

tiempo no pasa. Tenés pocas cosas. Nada te retrotrae al pasado. Yo viviría siempre en un hotel como existía Dalí con Gala. Yo me creo que soy Dalí en mujer. Sudamericana. Tengo ese espíritu: él era increíblemente juguetón. No paraba. —**¿Vendría a ser tu alma gemela?** —Sí, Dalí y Warhol. —**El MoMA se disculpó recientemente con Yoko Ono por haberla relegado. ¿Qué pensás de eso?** —Yo creo que ella era muy genial en los 60 como artista plástica y después pasó a otra cosa. Era muy buena, muy rebelde. Hizo un arte conceptual muy interesante. El amor con Lennon fue tan grande, que se disolvió en otra cosa. Se convirtió en la mujer de Lennon. —**¿El amor a veces ayuda en el arte?**

—Yo creo que es paralelo. Para mí es muy bueno, porque es algo sólido en mi vida. Desde los 16 años estoy con la misma persona, con quien después me casé y tuve dos hijos. En mi vida no me manejo, soy frágil. Con los sentimientos soy muy frágil. Me duele muchísimo cualquier cosa, soy muy susceptible, tengo desesperación... En cambio, soy fuertísima en el arte. Cuando vengo acá al taller, soy una máquina que se pone en marcha. Encima, me creo que soy genial. Hago un arte único. Y soy mujer. Eso, hace cuarenta años, era muy difícil. ¡Y además, sudamericana! En Nueva York eso era imposible, y sin embargo tuve un éxito brutal, salí en Newsweek, Times, The New York Times. Tenía 26 años, aparecía en todas las revistas y me conocían por la calle.

—**En la Argentina sos muy popular.**

—Es increíble el feedback de la gente, el amor. ¡Es locura! Chicos de cinco años me reconocen, los cartoneseros me gritan ¡Marta, no te mueras nunca! En los taxis, también. Al mismo tiempo, quisiera que no me conozcan, y entonces, me pongo una capucha, me saco los anteojos y camino, pero por la voz me reconocen, o porque soy de otro planeta. Pero soy como Woody Allen, que dice no quiero que me conozcan, no quiero que me conozcan, pero va al psicoanalista y dice, ¡ay, nadie me conoce! No quiero que me conozcan, pero no sé qué haría si no me conocieran. Por suerte me conocen con buena onda.

—**Sos un ícono.**

—Sí, y en el mundo también, porque no hay mujeres de mi edad que estén vivas y activas que hayan tirado un pollo de un helicóptero o incendiado a Gardel. Y que hayan estado con tanta gente famosísima, como Le Corbusier... Siempre estuve rodeada de talento. A mí me gusta mucho la filosofía y los intelectuales. Ahora estoy leyendo muchas biografías, y estoy equivocada con la de Mandela. Me gusta su lucha tremenda. Me gusta la gente luchadora. Yo lo soy. He tenido algunos momentos raros, estuve muy deprimida, y fue muy feo hasta que logré salir de todo eso. Ahora estoy bárbara. Estoy contenta.

—**Con todo este acelerar, ¿dormís de noche?**

—No, no duermo poco. Hoy me desperté a las 5 de la mañana. Tengo una energía brutal, pero la energía se me desmorona con la energía. Si me quedo quieta, se vuelve contra mí. Tampoco puedo estar quieta nunca, y eso tiene sus contras, porque yo no sé cómo va a ser mi porvenir. No sé si voy a soportar después estar como otras artistas que ya no se pueden mover. Yo no sé qué va a pasar conmigo. Creo que a los 80 años voy a estar igual. Pero si no, prefiero no estar.

—**¿Cómo te cuidás?**

—Hice gimnasia toda la vida, porque me hace bien. Hago todos los días sola con la televisión, con unos DVD que tengo, religiosamente. No puedo ir a los gimnasios porque me empezaban a mirar. Ahora empecé una clase de zumba con unas chicas de 28 años, que me divierte, ya me conocen y no hay problema. Entonces, ¡bailo! También viajo por Latinoamérica con Bebe (su marido, Juan Carlos Gómez Sabatini), que es economista y trabaja en Centroamérica, y ahí tomo clases de salsa. Me encanta ir a Chichicastenango, en Guatemala, y por eso siempre me visto de colores. Traigo esas telas y me hago hacer cosas. Ya adopté el overol, porque te lo metés y sos de una manera. También me encantan los vestidos, pero son inaccesibles. No gastaría plata en eso, prefiero gastarla en mi taller.

—**No te imagino en comidas como la señora de...**

—No, no soy. Yo me voy por ahí con los indios, desaparezo, vuelvo a la noche. Nunca fui a las comidas de él, ni nada. La primera vez que fui, le pregunté a la mujer que no trabajaba, y qué hacés todo el día? Qué día pésimo y nunca más a fu. No tengo nada de qué hablar. Nosotros, que ya estamos solos porque los chicos ya se fueron por ahí, no comemos nunca en casa. Comemos en bares, así nomás, rápido, porque odio los restaurantes. No puedo soportar la soledad. Me bajoneo. O como cuando el lado de la heladera cuando me levanto a la noche. Los cócteles también me gustan. Sentarme me mata. Después llevo a mí casa, me subo a la bicicleta fija y anoche vi Cleopatra en la televisión. Tengo muchas invitaciones, pero no voy.

—Yo quiero ver tanto la obra de los demás, prefiero concentrarme en el arte que hago. Cuando vengo, voy todo en dos días y me vuelvo. Además, no me gusta juzgar. Si juzgo no lo voy a ver tan grande como yo, y eso no me gusta. Decirle sos genial a una persona joven no podría, porque tengo que ver toda su trayectoria. Hay artistas que hacen cosas geniales ahora, pero hay que ver en treinta años. —**¿Qué arte te gusta mirar?** —El arriesgado. Desconfío un poco de la gente joven que vende mucho. Puede llegar a contaminar. Yo no vendí nunca en mi vida, hasta hace poco. Viví de becas. No vendo todo. Si la persona no me gusta no la vendo. No quiero que mis obras las tenga gente de mala onda. O no saber quién las tiene. Pero tengo una serie de arte popular baratas, \$500 o \$200, unas cositas chiquitas que a veces se las vendo a la gente. Hago muchísimo canje. Tengo canje en un café de la esquina. Al Brick Hotel le pago con un cuadro y puedo ir a dormir cuando quiero. Tengo otro hotel en Mar del Plata. En Nueva York estuve en los mejores hoteles por varios años a cambio de una obra. Prefiero el canje. Con ropa tengo trato con Min Agostini, que me hace los overoles. Si necesito algo, voy, dibujo algo y los convengo. —**¿Que otra profesión podrías haber tenido en tu vida?** —Podría haber sido cantante de rock. Una Rolling Stone. Mick Jagger en mujer. Madonna también me parece extraordinaria. No podría haber sido actriz, porque no puedo actuar ni seguir un libreto. Jamás puedo hacer nada por encargo. No me sale. No sé de dónde salir. Mis padres eran lo contrario. Acá mi abuelo hacía uniformes. Siempre creí mucho en mí: abandoné Bellas Artes, pero no para estudiar en París, sino para hacer mis obras en París. Fui a romper y arrastrar colchones, vivir sin un peso, sin baño ni calefacción. —**¿Nunca se te ocurrió dar clases?** —Nunca aprendí, tampoco. Una vez probé y creí que me suicidaba; era tan lento el aprendizaje de la gente! Pero me gusta muchísimo la energía de la gente joven. Mis nietos me dominan, ¡me encantan! Mis amigas, artistas de París y Nueva York, no tienen ni hijos ni parejas ni nada. Están dedicadas a mí y eso me porcienta. Yo prefiero tener familia. —**Sophie Calle dice que la libertad es no tener hijos.** —Para mí, está equivocada. Lo de la madre fue atroci. Filmarla cuando se murió! Su arte, conceptual, es interesante. Pero como persona no es tan simpática. En cambio, Abramovic es simpaticísima. —**¿Dice que es la abuela de la performance.** —Nooooo, yo empecé mucho antes. Ella tiene cuatro años menos que yo, pero empecé mucho más tarde. Igual creo que hay mucho invento, no creo que haya caminado toda la Muralla China... Pero en el arte no importa: si vos lo inventaste, es cierto. Si no, ¿cómo hago las cosas que hago? ¿Cómo convengo a alguien de que pare ocho fábricas de pan dulce y me los mande todos a plaza Italia para que yo haga un obelisco? Hay que convencerlos. Hay mucha gente que solamente ve el dinero. Yo no gano un centavo. Ahora quiero hacer un laberinto con un minotauro en la costa, gigante. Se me ocurren todo el tiempo estas cosas. —**¿Qué pensás de la performance actual?** —Son todas distintas. Lo que hace Marina Abramovic ha sidomuy criticado por otras performers amigas mías que son más pioneras, como Carolee Schneemann. Dice que encontró una forma muy parecida al budismo y al yoga, pero también hizo marketing. Para mí, las performances son irrepetibles. —**¿No podría existir el método Minujín?** —No, porque es lo inesperado. Lo insólito. Ocurrer una sola vez y no dura más que diez minutos. Es como entrar en un dibujo animado... ¡es muy animado! Si pudiera hacer un arco iris o una lluvia de estrellas, lo haría. Es el mundo del arte contemporáneo, pero con el espíritu Minujín, que es un espíritu feliz. Y no es fingida mi felicidad: me encanta el arte que hace feliz, y eso es lo que quiero contagiar a la gente, toda la vida. Pero me gusta Abramovic. ¿Vos crees que se habrá operado? [Marta hace el gesto de estirarse la cara. Cuenta creer que la artista argentina más conocida, este torbellino de pelo plateado y gafas de aviador, tenga ya 72 años. Se iriave, habla a la vez y piensa como una muchachita...]

—**¿Estás bárbara!**

—Puedo estar mejor, pero no tengo tiempo. Yo no me hice nada, pero ahora, pero es lindo ver bien. Pero soy muy desconfiada con la salud. No voy al médico hace 35 años. Pero debería: me intoxicó la pintura con la que trabajo y tengo catarro crónico. No me creen en más las uñas. Odio la medicina. Pero en cualquier momento me puede dar un patatús, como a Rogelio (Polserel), pobre Rogelio... Me voy a hacer un chequeo... Ya está, ¿no? ■